¿San Martín de Reque es Dios?

En el año de 1936, don Fernando de la Carrera y Daza, natural de Lambayeque, desempeñaba las funciones de cura y vicario del pueblo de San Martín de Reque (pueblo que pertenecía al corregimiento de Chiclayo); en tanto don Mateo Millón desempeñaba las funciones de cacique en este mismo pueblo.

Don Mateo, en cierta ocasión, consultó al vicario de Reque sobre el nombre con el que debería bautizar a uno de sus hijos que había nacido el mismo día de la fiesta de San Martín, patrón del pueblo. El consejo recibido fue ¡Ponle el mismo nombre del santo! y, acatando el consejo, se realizó el mencionado sacramento.

Martín Millón, hijo del Cacique, creció, se hizo hombre y, mezclando la filosofía propia de su raza con la castellana, se volvió un indio despierto, ladino, "entendido y vocal".

Cierta tarde cuando platicaba con el cura Fernando, éste, para probar hasta donde llegaba la fe de Martín, le pregunta:

¿Crees en San Martín? ¿Crees que San Martín es Dios?

La respuesta fue simple y contundente ¡Sí! ¡Y creo que San Martín es Dios porque está en el cielo!

El cura, en su intento por sacarlo del error, lo confundió aún más pues, entre el idioma nativo que no dominaba bien y el idioma castellano que no del todo era comprendido por Martín, el indio no sólo no entendió que San Martín no era Dios sino que todos los nacidos el día de la fiesta del santo tomaban su nombre y cuando morían se convertían en Dios.

De la Carrera se quedó tranquilo creyendo haber logrado su cometido, hacer comprender al indio uno de los misterios más complejos de la iglesia.

No es posible saber si con aquella fantástica idea en la cabeza Martín Millón, sintiéndose un Dios en ciernes, lo comunicó a sus paisanos y éstos lo en-

venenaron para tener un paisano en el cielo o si él mismo se mató para obtener la suprema gloria. Lo que sí es cierto y evidente es que el hijo del cacique de Reque, Martín Millón, murió y fue sepultado en la iglesia del pueblo.

Los indios, sus paisanos que esperaban ver su cuerpo o su efigie exhibiéndose en los altares de su iglesia, hicieron repetidas protestas tumultuosas en contra de la autoridad religiosa.

Asegura Fernando De la Carrera "...blasfemaban en mi nombre diciendo ¿Por qué había yo de predicarles que San Martín no era Dios? y en todos estos valles los indios me tenían por hereje y los de otros pueblos me hacían burla diciéndoles a los de este que no tenían dioses".

El escándalo suscitado fue tal que se procedió a exhumar el cadáver del pretendido Dios recano para convencer a los indios que no se había ido al cielo, como insistentemente lo aseguraban.

Al exhumar el cadáver encontraron "siete patacones en tres apartadijos, cada uno con tierras de diferentes colores verde, amarilla y cenicienta y tres piezas de ropa, la una nueva, flamante; usada la otra e inservible la tercera". Todo tenía un significado, asevera De la Carrera. De los siete patacones, cada uno servía para pagar uno de los siete sacramentos; de los tres apartadijos, uno era para Dios, otro para la Virgen y el tercero para el propio San Martín. De las tres clases de tierra, la verde representaba el Cielo, la amarilla, el Purgatorio y la ceniza, el Infierno. En referencia a las tres clases de ropa, la inservible se dejaría en el infierno, la usada, en el Purgatorio, y con la nueva entraría en el Cielo; explicaciones que le fueron ofrecidas al cura por los mismos indios.

Este descubrimiento y las explicaciones produjeron confusiones, desordenes y luchas al extremo que el cura Fernando solicitó la ayuda de don Matías Caravantes, Chantre de la Catedral de Trujillo, del agustino Fray Marcos García, del cura de Saña Juan Niño de Velasco, del Bachiller don Gonzalo Jacinto de Miranda, cura de Lambayeque y del Comisario del Santo Oficio. Todos conocedores de la lengua mochica.

Los prelados explicaron a los indios, en solemne reunión que tuvo por escenario la Iglesia del pueblo, la herejía y superchería en que se encontraban, les hablaron en su propia lengua, como nadie antes lo había hecho, siendo el primero en comprender, los misterios explicados, el propio padre del pretendido Dios, don Mateo Millón, "vencido el cacique fue fácil vencer a los demás".

Los recanos al sentirse defraudados, despreciaron a los curas y a todas las cosas de la religión y terminaron por conseguirse una efigie de San Martín, patrón del pueblo, que por su aspecto físico se diferenciaba de los demás santos de todas las iglesias. Tal como lo concibieron lo veneraban, esto es, sano, robusto y sin el aspecto afeminado de los otros Santos.

Así es como la efigie de San Martín de Reque se halla en la Iglesia de este pueblo y debido a este suceso, el cura Carrera tomándose para sí la responsabilidad de él, se perfeccionó en la lengua mochica y publicó su notable obra titulada "Arte de la Lengua Yunga".

(Arreglado de conformidad con la relación del cura de Reque, don Fernando de la Carrera y Daza, ofrecida en su obra).

Mitos, Leyendas y tradiciones Lambayecanas.
Augusto León Barandiarán.